



Campo de piedras hincadas del Castro de La Mesa de Miranda, (Chamartín), frente al primer recinto fortificado



Vista general del foso, muralla y ante muralla del primer recinto de La Mesa de Miranda

endencia de grupos de parentesco. Las urnas, conteniendo las cenizas, se depositaban con el ajuar en hoyos practicados a escasa profundidad, calzándolas y tapándolas con piedras o, incluso, con otras vasijas. Otras veces se empleaban estelas de piedra -todavía se conservan en el mismo lugar- para señalar una o varias tumbas. Los ajuares funerarios permiten distinguir en la necrópolis cinco rangos distintos¹¹:

1) Elites ecuestres con elementos de prestigio: arreos de caballo, espadas y/o cuchillos, escudos y adornos con incrustaciones de plata.

2) Guerreros, individuos con algunas armas (lanzas y cuchillos) y artesanos (especialmente con punzones).

3) Gente con adornos de bronce como fíbulas, cuentas de collar y otros.

4) Gente con fusayolas, urnas decoradas y algún anillo.

5) el resto de tumbas sin ajuar (casi un 85% del total), la masa de población campesina, entre los que podría haber individuos sin condición libre como sugieren algunas fuentes de época griega. El cementerio parece reflejar así una comunidad —estimada en unos 250 habitantes¹²— con diferencias sociales bien marcadas, al menos en los siglos IV y III a.C., que es cuando se fecha con seguridad el cementerio.

La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila), donde se emplaza el poblado fortificado del mismo nombre, es un extenso cerro amesetado y escarpado, ubicado estratégicamente en la confluencia de los ríos Matapeces y Rihondo, a 1145 m de altitud y 26 km al oeste de Ávila. Domina desde lo alto un extenso territorio, que limita al norte con las tierras llanas y agrícolas del valle

del Duero, y al sur con las primeras estribaciones de la sierra de Ávila, un paisaje caracterizado por la aparición de grandes canchales graníticos y tierras de pastos, lo que ha servido para resaltar el carácter ganadero de las poblaciones de la Edad del Hierro asentadas en la zona.

Es uno de los grandes oppida vettones de la Meseta occidental. Los primeros trabajos arqueológicos se centraron fundamentalmente en su famosa necrópolis, conocida como La Osera, y en parte de las murallas¹³. Mucho tiempo después, entre 1999 y el 2004, se han llevado a cabo puntuales investigaciones y trabajos de puesta en valor¹⁴. El yacimiento conserva una especta-



Tumulos funerarios de la necrópolis de La Osera (La Mesa de Miranda), junto a la cara interior de la muralla del tercer recinto del poblado.

11). Castro, P.V. (1986): Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila). *Arqueología Espacial*, 9: 127-137.

12). Álvarez-Sanchís, J.R. y Ruiz Zapatero, G. (2001): Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro. En L. Berrocal-Rangel y Ph. Gardes (eds.), *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Bibliotheca Archaeologica Hispanica, 8, Madrid: 61-75.

13). Cabré, J., Cabré, M^a.E. y Molinero, A. (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de La Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid.

14). Fabián, F. (2004): Recuperación, rehabilitación y difusión del patrimonio arqueológico de Ávila. En J. del Val y C. Escribano (eds.), *Actas. Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León. Junta de Castilla y León*. Salamanca: 25-50; Fabián, F. (2005): *Castro de La Mesa de Miranda*. Chamartín, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 2. Institución Gran Duque de Alba, Ávila.